

“Clase y raza en los albores de la campaña por los derechos de las mujeres”

en Angela Y. Davis, *Mujer, clase y raza*, Akal, Madrid, 2004

Aquella noche, cuando Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton se encaminaron cogidas del brazo hacia la gran Queen Street mientras repasaban las excitantes escenas del día, acordaron que, a su regreso a Estados Unidos, celebrarían una convención sobre los derechos de las mujeres a raíz de la gran necesidad que habían manifestado los hombres a los que acababan de escuchar de recibir algunas enseñanzas sobre esta cuestión. En aquel preciso instante, quedó inaugurado el trabajo misionero por la emancipación de las mujeres en «la tierra de los libres y el hogar de los valientes»¹.

Se suele asumir que esta conversación, mantenida en Londres el día de la apertura de la Convención Mundial Contra la Esclavitud celebrada en 1840, contiene la auténtica génesis del movimiento organizado de mujeres en Estados Unidos. En esta medida, ha adquirido un cierto significado legendario. Y, como la mayoría de las leyendas, la verdad que presumiblemente entraña es mucho menos inequívoca de lo que parece. Esta anécdota, y las circunstancias que la rodean, se ha convertido en la base de una interpretación muy extendida que considera que el nacimiento del movimiento por los derechos de las mujeres fue inspirado – si no provocado – por el insufrible machismo existente dentro del movimiento antiesclavista.

Las mujeres estadounidenses que habían esperado poder participar en la conferencia de Londres, sin duda se enfurecieron realmente cuando se encontraron con que eran excluidas por el voto mayoritario y se las «relegaba detrás de una barandilla y una cortina similares a las utilizadas en las iglesias para proteger al coro de la mirada pública»². Lucretia Mott, al igual que el resto de mujeres que representaban oficialmente a la Sociedad Estadounidense Antiesclavista, tenía razones añadidas para sentirse enfadada e indignada. Precisamente, acababa de salir de una turbulenta lucha acerca del derecho de las mujeres abolicionistas a participar en igualdad de condiciones que los hombres en el trabajo de la

¹ E. C. Stanton *et al.*, *History of Woman Suffrage*, vol. 1, cit., p. 62.

² *Ibid.*, p. 60, n.

Sociedad Antiesclavista. Pero para una mujer que había sido excluida de ser miembro de la sociedad durante aproximadamente los siete años anteriores, no se trataba de una experiencia nueva. Aunque, efectivamente, los acontecimientos de Londres pudieron haberle inspirado el propósito de luchar por los derechos de las mujeres — ya que, como dos autoras feministas contemporáneas lo formulan, «los líderes masculinos radicales, aquellos que estaban más preocupados por las desigualdades sociales [...], también discriminan a las mujeres» —³, esta aspiración anidaba en ella desde mucho antes de 1840.

A diferencia de Lucretia Mott, Elizabeth Cady Stanton no era una activista política experimentada cuando se celebró la convención de Londres. Como acompañante de quien era su marido desde hacía tan sólo unas semanas en lo que llamó su «viaje de bodas», para ella se trataba de la primera ocasión en la que asistía a un encuentro antiesclavista y no en calidad de delegada sino, más exactamente, de esposa de un líder abolicionista⁴. Por lo tanto, la señora Stanton carecía, en cierta medida, de la capacidad para juzgar, ya que no poseía la perspectiva forjada por años de lucha defendiendo el derecho de las mujeres a contribuir a la causa antiesclavista. Cuando en el libro que escribió junto a Susan B. Anthony, *History of Woman Suffrage*, indicó que durante su conversación con Lucretia Mott, «en aquel preciso instante, quedó inaugurado el trabajo misionero por la emancipación de las mujeres», sus observaciones no recogían las lecciones acumuladas por casi una década de duro trabajo en la que las abolicionistas habían estado batallando por su emancipación política como mujeres⁵.

A pesar de la derrota que sufrieron en la convención de Londres, las abolicionistas no dejaron de percibir muestras de que sus luchas pasadas habían dado ciertos resultados positivos. Algunos de los líderes antiesclavistas las habían apoyado oponiéndose a la corriente que trataba de excluirlas. William Lloyd Garrison — el «valiente y noble Garrison» —⁶, que llegó demasiado tarde como para participar en el debate, se negó a tomar su asiento y permaneció como un «espectador mudo en la galería» durante los 10 días de la

³ Judith HOLE y Ellen LEVINE, «The First Feminist» en Anne KOEDT, Ellen LEVINE y Anita RAPO-NE (ed.), *Radical Feminism*, Nueva York, Quadrangle, 1973, p. 6.

⁴ Elizabeth Cady STANTON, *Eighty Years and More: Reminiscences 1815-1897*, Nueva York, Schocken Books, 1917. Véase capítulo V.

⁵ E. C. Stanton et al., *History of Woman Suffrage*, vol. 1, cit., p. 62.

⁶ *Ibid.*, p. 61.

convención⁷. Según el relato de Elizabeth Cady Stanton, éste y Nathaniel P. Rogers, de Concord, New Hampshire, fueron los únicos hombres abolicionistas que se unieron a las mujeres en la galería⁸. El hecho de que Stanton no mencione en su relato de los acontecimientos al abolicionista negro Charles Remond no deja de ser desconcertante. Según sus propias palabras en un artículo publicado en el *Liberator*, él también permaneció como «un oyente mudo»⁹.

Charles Remond escribió que descubrir, a su llegada, que las mujeres habían sido excluidas del escenario de la convención fue una de las contadas grandes decepciones que había experimentado en su vida. Tenía buenas razones para sentirse afligido, ya que los gastos de su propio viaje habían sido sufragados por varios grupos de mujeres.

Yo estaba casi enteramente en deuda con las amables y generosas integrantes de la Sociedad Antiesclavista Femenina de Bangor, del Círculo de Costureras de Portland y de la Sociedad Antiesclavista Juvenil de Jóvenes Damas de Newport por haber hecho posible mi visita a este país¹⁰.

Remond se sintió obligado a rechazar su asiento en la convención porque de otro modo no hubiera podido ser un «digno representante de las tres asociaciones femeninas, loables tanto por su propósito como por su eficiencia en esta cooperación»¹¹. Así pues, no todos los hombres eran los «abolicionistas intolerantes» a quienes Stanton se refiere en su histórico relato¹². Al menos, algunos de ellos habían aprendido a detectar y a desafiar las injusticias de la dominación masculina.

A pesar de que el interés de Elizabeth Cady Stanton por el abolicionismo fuese bastante reciente, ella había librado una lucha personal contra el sexismo a lo largo de toda su juventud. Gracias al estímulo de su padre — un acaudalado y osado juez conservador — había transgredido la ortodoxia tanto en sus estudios como en sus actividades. Estudió griego y matemáticas y aprendió equitación, actividades comúnmente vedadas a las jóvenes. Cuando tenía dieciséis años, Elizabeth era la única chica que asistía a las clases de

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

⁹ Charles REMOND, "The World Anti-Slavery Conference, 1840", *Liberator* (16 de octubre de 1840). Reimpreso en H. Aptheker, *A Documentary History of the Negro People in the United States*, vol. 1, cit., p. 196.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*

¹² E. C. Staton *et al.*, *History of Woman Suffrage*, vol. 1, cit., p. 53.

graduación en su escuela de secundaria¹³. Antes de contraer matrimonio, la joven Stanton pasaba mucho tiempo con su padre e, incluso, había comenzado a estudiar seriamente derecho bajo su tutela.

En 1848, la dedicación exclusiva de Stanton consistía en ser madre y ama de casa. Vivía con su marido en Seneca Falls, Nueva York, y, a menudo, era incapaz de contratar sirvientes debido a la gran escasez de los mismos que había en aquella zona. La decepción y la frustración que sentía con su propia vida le hacían especialmente sensible a la difícil situación que padecían las mujeres blancas de clase media. Al explicar su decisión de contactar con Lucretia Mott, a quien no había visto desde hacía ocho años, y los diversos motivos que la llevaron a hacer un llamamiento a la celebración de una convención de mujeres, en primer lugar, ella citaba su situación doméstica.

El descontento general que sentía con el destino de la mujer como esposa, madre, ama de casa, doctora y guía espiritual [...] y el aspecto fatigado y turbado de la mayoría de las mujeres inculcaron en mí la fuerte convicción de que debían tomarse algunas medidas activas para remediar los males de la sociedad, en general y de las mujeres, en particular. Mis experiencias en la Convención Mundial Antiesclavista, todo lo que había leído sobre el status legal de las mujeres y la opresión que veía por todas partes confluyeron y sacudieron enteramente mi alma con una intensidad ahora redoblada por muchas experiencias personales. Parecía como si una conspiración de todos los elementos me empujase a dar algún paso hacia adelante. No podía ver qué hacer o por dónde empezar, mi única idea era celebrar una reunión pública para protestar y discutir¹⁴.

La vida de Elizabeth Cady Stanton mostraba todos los elementos básicos, en su forma más contradictoria, del dilema de las mujeres de clase media. Sus diligentes esfuerzos por alcanzar la excelencia en sus estudios, el conocimiento que había adquirido como estudiante de derecho y todos los demás medios por los que había cultivado sus capacidades intelectuales se habían malogrado. El matrimonio y la maternidad imposibilitaron el logro de los objetivos que se había marcado siendo una mujer soltera. Además, su implicación en el movimiento abolicionista durante los años posteriores a la convención de Londres le había enseñado que era posible organizar un desafío político a la opresión. Muchas de las mujeres que responderían a la convocatoria para asistir a la primera convención por los derechos de las mujeres en Seneca Falls, estaban tomando

¹³ E. C. Stanton, *Eighty Years and More: Reminiscences 1815-1897*, cit., p. 33.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 147-148.

conciencia de contradicciones similares en sus propias vidas e, igualmente, habían visto en el ejemplo de la lucha antiesclavista que era posible luchar por la igualdad.

Durante la preparación de la convención de Seneca Falls, Elizabeth Cady Stanton propuso una moción que fue considerada demasiado radical incluso por Lucretia Mott, su compañera en la organización del congreso. Ésta se opuso a la introducción de una moción sobre el sufragio femenino pese a que sus experiencias en el movimiento antiesclavista, naturalmente, le habían convencido de que las mujeres necesitaban de modo urgente ejercer el poder político. En su opinión, este paso sería interpretado como absurdo y escandaloso y, consecuentemente, socavaría la relevancia del encuentro. El marido de Stanton también se oponía a que se suscitara la cuestión del sufragio y cumplió su promesa de dejar la ciudad si ella insistía en presentar la moción. Frederick Douglass fue la única figura destacada que coincidió con ella en que la convención debía hacer un llamamiento a favor del derecho de las mujeres a votar.

Varios años antes del encuentro en Seneca Falls, Elizabeth Cady Stanton había convencido, firmemente, a Frederick Douglass de que debía extenderse el derecho al voto de las mujeres.

No podía oponerme a sus argumentos si no era con los débiles alegatos a la «tradición», a la «división natural de tareas», a lo «indecoroso de la participación de las mujeres en la política», al discurso al uso de la «esfera de las mujeres» y a cosas por el estilo; todo aquello que se le atribuye a la mujer, y que entonces no tenía menos peso que ahora, pierde valor ante los argumentos que ella ha empleado de manera tan habitual y efectiva desde entonces y que ningún hombre ha refutado con éxito. Si la inteligencia es la única base racional y verdadera del gobierno, la consecuencia lógica es que el mejor gobierno es aquel que obtiene su vida y su fuerza de las más elevadas fuentes de la sabiduría, de la energía y de la bondad¹⁵.

La cuestión del poder electoral de las mujeres fue el único punto importante que desató la polémica entre las cerca de 300 mujeres y hombres que asistieron a la convención de Seneca Falls y, de hecho, la moción del sufragio fue la única que no fue aprobada por unanimidad. En todo caso, el hecho de que la controvertida proposición llegara a presentarse se debió a la decisión de Frederick Douglass de secundar la moción de Stanton y de desenfundar sus dotes oratorias para defender el derecho de las mujeres a votar¹⁶.

¹⁵ E. Douglass, *Life and Times of Frederick Douglass*, cit., p. 473.

¹⁶ E. Flexner, *Century of Struggle: The Women's Rights Movement in the US*, cit., p. 76. Véase también R. Allen, *Reluctant Reformers*, cit., p. 133.

Durante aquellos primeros años en los que los derechos de las mujeres todavía no eran una causa legítima y en los que el sufragio femenino era algo desconocido y poco popular como reivindicación, Frederick Douglass hizo públicamente campaña a favor de la igualdad política de las mujeres. Inmediatamente después de la convención de Seneca Falls, publicó un editorial en su periódico, el *North Star*¹⁷, bajo el título «The Rights of Women» [«Los derechos de las mujeres»], cuyo contenido era realmente radical para aquella época:

Respecto a los derechos políticos, sostenemos que la justicia otorga un derecho legítimo a la mujer para ser destinataria de todo aquello que pedimos para los hombres. Es más, expresamos nuestra convicción de que todos los derechos políticos que es conveniente que sean ejercitados por los hombres son, igualmente, oportunos para las mujeres. Todo lo que distingue al hombre como ser inteligente y responsable es, asimismo, aplicable a las mujeres y si sólo es justo aquel gobierno cuyo poder emana del libre consentimiento de los gobernados, no puede haber razón en el mundo para negar a las mujeres el ejercicio del derecho a participar en las elecciones o a intervenir en la elaboración y en la administración del derecho de la nación¹⁸.

Frederick Douglass también fue el responsable de introducir oficialmente la cuestión de los derechos de las mujeres en el movimiento de liberación negro, donde fue acogido con mucho entusiasmo. Tal y como señala S. Jay Walker, Douglass se pronunció abiertamente al respecto en la Convención Nacional de Hombres Liberados de Color celebrada en Cleveland, Ohio, en la misma época en la que se produjo el encuentro de Seneca Falls:

Él logró que se aprobara una enmienda a la resolución en la que se definía a los delegados de modo que se permitía que fuera «interpretada "para incluir a las mujeres"», una enmienda que fue aprobada con «tres hurras por los derechos de las mujeres»¹⁹.

Elizabeth Cady Stanton elogió a Douglass por su firme defensa de la convención

¹⁷ El *North Star*, cuyo nombre hacía referencia a la estrella que servía de guía en su huida hacia el Norte a los esclavos fugitivos, fue fundado por Frederick Douglass en 1847. La gran acogida de la publicación de la primera narración de su vida en 1845 le llevó a iniciar una serie de viajes para propagar

¹⁸ *North Star*, 28 de julio de 1848. Reimpreso en Philip Foner (ed.), *The Life and Writings of Frederick Douglass*, vol. 1, Nueva York, International Publishers, 1950, p. 321.

¹⁹ S. Jay WALKER, «Frederick Douglass and Woman Suffrage», *Black Scholar*, vol. IV, núms. 6-7 (marzo-abril de 1973), p. 26.

de Seneca Falls frente al sarcasmo generalizado del que se hizo eco la prensa.

El clamor popular que se levantó contra nosotros en los salones, en la prensa y en el púlpito fue tan sonoro que la mayoría de las damas que habían asistido a la convención y habían firmado la declaración fueron, de una en una, retirando sus nombres y su influencia y se unieron a nuestros hostigadores. Nuestros amigos nos dieron la espalda y se sintieron avergonzados por todo el proceso²⁰.

El revuelo no disuadió a Douglass, como tampoco logró su objetivo de cortar de raíz la batalla por los derechos de las mujeres. A pesar de todos sus esfuerzos, ni el salón, ni la prensa, ni el púlpito pudieron invertir el curso de esta corriente. Apenas un mes más tarde, se celebró en Rochester, Nueva York, otra convención cuya osada novedad, que además sentaba un precedente para futuros encuentros, consistía en que una mujer ocupara la presidencia oficial²¹. Frederick Douglass manifestó nuevamente su lealtad hacia sus hermanas abogando a favor de la resolución que defendía el sufragio y, en aquella ocasión, fue aprobada por un margen mucho más amplio que en Seneca Falls²².

La defensa pública de los derechos de las mujeres no podía prohibirse. Aunque todavía no fuera aceptable para los portavoces de la opinión pública, la cuestión de la igualdad de las mujeres, ahora encarnada en un movimiento embrionario apoyado por las personas negras que estaban luchando por su propia libertad, se instauró como un elemento indeleble en la vida pública de Estados Unidos. Pero ¿qué significaba todo esto? ¿De qué modo se definía la cuestión de la igualdad de las mujeres, al margen de la cuestión del sufragio que había suscitado el desdén de la opinión pública hacia la convención de Seneca Falls? Las reivindicaciones esbozadas en la Declaración de Sentimientos²³ y las demandas planteadas en las resoluciones ¿reflejaban, verdaderamente, los problemas y las necesidades de las mujeres de Estados Unidos?

La Declaración de Seneca Falls ponía el acento en la institución del matrimonio y

²⁰ E. C. Stanton, *Eighty Years and More: Reminiscences 1815-1897*, cit., p. 149.

²¹ *Ibid.*

²² Miriam GURKO, *The Ladies of Seneca Falls: The Birth of the Women's Rights Movement*, Nueva York, Schocken Books, 1976, p. 105

²³ La Declaración de Sentimientos es el nombre que recibió la declaración y las 12 resoluciones aprobadas en la convención de Seneca Falls celebrada el 14 de julio de 1848. En su redacción participaron Elizabeth Cady Stanton, Lucretia Mott, Martha C. Wright, Jane Hunt y Amary Ann McClintock y fue firmada por 68 mujeres y 32 hombres [N. de la T.].

en sus efectos dañinos para las mujeres: el matrimonio privaba a las esposas de sus derechos de propiedad y las convertía en seres dependientes, moral y económicamente, de sus maridos. Al exigir de ellas una obediencia absoluta, la institución del matrimonio otorgaba a los esposos el derecho a castigarlas y, lo que es más grave, las leyes que regulaban la separación y el divorcio estaban, casi enteramente, basadas en la superioridad masculina²⁴. La Declaración de Seneca Falls sostenía que, a causa del *status* inferior de las mujeres dentro del matrimonio, ellas sufrían desigualdades tanto en el sistema educativo como en el ámbito profesional. Las «profesiones lucrativas», así como «todos los caminos que conducen a la riqueza y a la distinción», eran completamente inaccesibles para ellas²⁵. La Declaración concluía su lista de reivindicaciones con una mención a la dependencia mental y psicológica que sufrían las mujeres y que las había dejado con una escasa «confianza y respeto hacia sí mismas»²⁶.

La importancia inestimable de la Declaración de Seneca Falls descansaba en su capacidad para exponer la *conciencia* articulada de *los derechos de las mujeres* a mediados del siglo XX. Era la culminación teórica de años de vacilantes y a menudo imperceptibles envites que tenían como objetivo una condición política, social, doméstica y religiosa contradictoria, frustrante e, indiscutiblemente, opresiva para las mujeres de la burguesía y de la clase media emergentes. Sin embargo, en tanto que culminación rigurosa de la conciencia del dilema de las mujeres blancas de clase media, la Declaración prácticamente ignoraba la tesitura de las mujeres blancas de clase obrera, así como eludía la condición de las mujeres negras en el Sur y en el Norte. En otras palabras, la Declaración de Seneca Falls proponía un análisis de la condición femenina que no reparaba en las circunstancias de las mujeres que no pertenecían a la misma clase social que las mujeres que confeccionaron el documento.

Pero ¿qué ocurría con aquellas mujeres que *trabajaban* para ganarse la vida como, por ejemplo, las mujeres blancas que manejaban los telares de las fábricas textiles en el nordeste? En 1831, cuando la industria textil todavía era el polo más importante de la nueva revolución industrial, las mujeres suponían una mayoría abrumadora de *los* trabajadores industriales. En las fábricas textiles esparcidas por toda

²⁴ Véase «Declaration of Sentiments» en J. Papachristou (ed.), *Women Together: A History in Documents of the Women's Movement in the United States*, cit., pp. 24-25 [ed. cast.: *La Declaración de Independencia. La Declaración de Seneca Falls*, León, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1993, p. 71].

²⁵ *Ibid.*, p. 25. [ed. cast.: p. 73].

²⁶ *Ibid.*

Nueva Inglaterra había 38.927 obreras frente a 18.539 obreros²⁷. Las primeras «chicas de los talleres» habían sido reclutadas en las familias campesinas locales. Espoleados por la búsqueda de beneficios, los propietarios de los talleres presentaban la vida en los mismos como un atractivo e instructivo preludio a la vida matrimonial. Los sistemas de Waltham y de Lowell²⁸ eran retratados como «familias sustitutas» donde las jóvenes campesinas serían celosamente controladas por matronas en una atmósfera semejante a una escuela donde completar sus estudios. Pero ¿cuál era la realidad de la vida en los talleres? Un horario increíblemente dilatado, de doce, catorce y hasta dieciséis horas diarias, unas condiciones de trabajo atroces, unas instalaciones para alojarse inhumanamente abarrotadas, y el tiempo permitido para las comidas era tan breve — media hora al mediodía para el almuerzo — que las mujeres hacían carreras desde los caldeados y húmedos cuartos de costura para llegar a sus pensiones, engullir su principal comida del día y regresar corriendo al taller aterrorizadas por la posibilidad de ser multadas si llegaban tarde. En invierno eran capaces de no pararse a abrocharse sus abrigos y, a menudo, comían sin quitárselos. Ésta era la época de la neumonía. En verano, los alimentos en mal estado y las precarias condiciones higiénicas causaban disentería. La sombra de la tuberculosis se cernía sobre ellas en todas las estaciones²⁹.

Las mujeres de los talleres contraatacaron. A finales de la década de 1820, mucho antes de la Convención de Seneca Falls, celebrada en 1848, las mujeres obreras comenzaron a organizar paros y huelgas protestando activamente contra la doble opresión

²⁷ Rosalyn BAXANDALL, Linda GORDON, Susan REVERBY. (eds.), *America's Working Women: A Documentary History—1600 to the Present*, Nueva York, Random House, 1976, p. 46.

²⁸ En 1813, un grupo de comerciantes acomodados de Massachusetts encabezados por Francis Cabot Lowell fundó la Boston Manufacturing Company introduciendo una importante novedad en el proceso de industrialización estadounidense al transferir su capital en el comercio exterior al impulso de la manufactura en el interior. Concretamente, esta compañía concentró sus esfuerzos en el desarrollo de la industria textil, lo que supuso un importante empuje a la plantaciones algodoneras e, indirectamente, a la intensificación de la explotación de la mano de obra esclava. El sistema que la compañía implantó en la fábrica de Waltham, Massachusetts, consistía en integrar el proceso de convertir el algodón en bruto en tela acabada introduciendo constantemente mejoras tecnológicas y llegando a establecer sus propias agencias de venta. El complemento de este nuevo sistema descansaba en la construcción, también novedosa, de pueblos propiedad de la compañía destinados a albergar a sus empleadas. El primero de estos pueblos, Lowell, fue fundado en 1823. Además de la fábrica y los internados, había instalaciones teóricamente destinadas a la educación y a las actividades de recreo de las jóvenes obreras. La compañía también financiaba la edición de una revista, la *Lowell Offering*, realizada por las propias trabajadoras y que éstas supieron utilizar para debatir sobre sus condiciones de vida y de trabajo. Como describe Angela Davis, estas obreras, que eran conocidas como las chicas de la fábrica de Lowell, trabajaban en hilanderías textiles oscuras en condiciones insalubres durante 13 horas diarias en verano y desde el amanecer hasta la noche en invierno padeciendo una disciplina sumamente estricta. Durante las décadas de 1830 y 1840 el 80 por 100 de las trabajadoras tenía entre quince y treinta años. Posteriormente, después de los sucesivos recortes salariales, la plantilla comenzó a estar integrada por trabajadoras inmigrantes, principalmente irlandesas. Participaron activamente en los movimientos sociales que sacudieron Estados Unidos y, después de haber protagonizado varias huelgas, fundaron su propio sindicato, la Asociación por la Reforma del Trabajo Femenino de Lowell [Lowell Female Labor Reform Association] [N. de la T].

²⁹ B. Wertheimer, *We Were There: The Story of Working Women in America*, cit., p. 66.

que sufrían como mujeres y como obreras industriales. Por ejemplo, en 1828, en Dover, New Hampshire, las mujeres de los talleres abandonaron sus puestos de trabajo para expresar su oposición a las restricciones que acababan de imponerse. Ellas «conmocionaron a la comunidad local desfilando raudas como la pólvora con pancartas y banderas»³⁰.

A principios del verano de 1848, cuando tuvo lugar la Convención de Seneca Falls, las condiciones en los talleres — que, ya antes, distaban mucho de ser ideales — se habían deteriorado hasta tal extremo que en poco tiempo las hijas de los campesinos de Nueva Inglaterra pasaron a constituir una minoría dentro de la mano de obra textil. Las mujeres de origen «sin tacha», yanquis, fueron sustituidas por mujeres inmigrantes que al igual que sus padres, sus hermanos y sus maridos se estaban convirtiendo en el nuevo proletariado industrial de la nación. Estas mujeres, a diferencia de sus predecesoras cuyas familias eran propietarias de tierras, dependían completamente para su subsistencia de su fuerza de trabajo. Cuando resistían, estaban peleando por su propio derecho a sobrevivir. Lucharon tan apasionadamente que «en la década de 1840, las mujeres trabajadoras estaban a la cabeza de la militancia obrera en Estados Unidos»³¹.

En su campaña por las diez horas diarias, la Asociación por la Reforma del Trabajo Femenino de Lowell presentó peticiones ante la cámara legislativa del Estado de Massachusetts en 1834 y en 1844. Cuando esta cámara accedió a mantener audiencias públicas, las mujeres de Lowell obtuvieron la distinción de conseguir que un órgano gubernativo realizara una inspección de las condiciones de trabajo por primera vez en la historia de Estados Unidos³². Indudablemente, esto supuso un importante reconocimiento de los derechos de las mujeres y tuvo lugar cuatro años antes del lanzamiento oficial del movimiento de mujeres.

A juzgar por las luchas conducidas por las obreras blancas — la defensa implacable de su dignidad como trabajadoras y como mujeres y sus desafíos conscientes e implícitos la ideología sexista de la feminidad —, ellas tenían más que ganado el derecho a ser proclamadas pioneras del movimiento de las mujeres. Pero su papel de precursoras fue casi ignorado por las principales fundadoras del nuevo movimiento, que no comprendieron que las mujeres trabajadoras experimentaban y se enfrentaban a la dominación masculina

³⁰ Ibid., p. 67.

³¹ R. Baxandall et al. (eds.), *America's Working Women: A Documentary History — 1600 to the Present*, cit., p. 66.

³² B. Wertheimer, *We Were There: The Story of Working Women in America*, cit., p. 74.

de un modo específico. Como si hubiera querido poner las cosas en su sitio, la historia ha sellado con una ironía final el movimiento iniciado en 1848: la única mujer de todas las que asistieron a la Convención de Seneca Falls que vivió lo suficiente como, para ejercer efectivamente su derecho a votar, más de setenta años después, fue una mujer obrera llamada Charlotte Woodward³³.

Los motivos por los que Charlotte Woodward firmó la Declaración de Seneca Falls no eran ni remotamente idénticos a los de las mujeres más acaudaladas. Su propósito al asistir a la convención era buscar una guía para mejorar su status como trabajadora. Su profesión era hacer guantes y, como se trataba de una ocupación que todavía no estaba industrializada, ella trabajaba en su propia casa y, legalmente, los ingresos que percibía estaban controlados por los hombres de su familia. Al describir sus condiciones laborales, expresó el espíritu de rebeldía que la había llevado a Seneca Falls:

Nosotras, las mujeres, trabajamos a escondidas en el retiro de nuestras alcobas porque toda la sociedad fue construida sobre la teoría de que los hombres, no las mujeres, ganaban el dinero y de que sólo los hombres mantenían la familia [...]. No creo que haya habido ninguna comunidad en la que las almas de algunas mujeres no hayan batido sus alas en señal de rebeldía. Desde lo más profundo de mi ser, puedo decir que cada fibra de mí se rebelaba, aunque fuese en silencio, durante cada una de las horas que pasaba sentada cosiendo guantes por un salario miserable que después de ganar nunca podía ser mío. Quería trabajar, pero quería escoger mi profesión y quería recoger mi sueldo. Ésta era mi manera de rebelarme contra la vida en la que me había tocado nacer³⁴.

Charlotte Woodward y el resto de las mujeres obreras presentes en la convención eran políticamente consecuentes; de hecho, para ellas los derechos de las mujeres eran lo más importante que había en sus vidas.

En la última sesión de la convención, Lucretia Mott propuso una resolución final que llamaba tanto a derrocar al púlpito como a «garantizar la *idéntica participación de la mujer al lado del hombre en los diversos oficios, profesiones y negocios*»³⁵. ¿Se trataba simplemente de una ocurrencia extemporánea? ¿O más bien el pequeño contingente de mujeres de la clase obrera protestó contra la exclusión de sus intereses de las resoluciones

³³ Ibid., p. 103.

³⁴ Ibid., p. 104.

³⁵ J. Papachristou (ed.), *Women Together: A History in Documents of the Women's Movement in the United States*, cit., p. 26 (cursiva añadida) [ed. cast.: *La Declaración de Independencia. La Declaración de Seneca Falls*, cit., p. 79].

originales provocando que Lucretia Mott, la veterana activista contra la esclavitud, se levantara en su defensa? Si Sarah Grimke hubiera estado presente, probablemente habría insistido, como había hecho en otra ocasión, en que:

En las clases más pobres hay muchos corazones fuertes y honestos cansados de ser esclavos y utilizados como objetos que se merecen la libertad y que la emplearán de modo loable³⁶.

Si el reconocimiento concedido a las mujeres obreras en el encuentro de Seneca Falls fue casi imperceptible, hubo otro grupo de mujeres que también «se rebelaban contra las vidas en las que les había tocado nacer» y cuyos derechos no recibieron, siquiera, una mínima mención³⁷. En el Sur, se rebelaban contra la esclavitud y, en el Norte, contra un dudoso estado de libertad llamado racismo. Aunque al menos un hombre negro estuvo presente entre los congresistas de Seneca Falls, entre la concurrencia no hubo ni una sola mujer negra. Los documentos de la convención tampoco recogen ni siquiera una referencia incidental a las mujeres negras. A la luz de la implicación de las organizadoras en el movimiento abolicionista, debería parecer desconcertante que las esclavas fueran completamente ignoradas.

Sin embargo, este problema no era nuevo. Anteriormente, las hermanas Grimke habían criticado a varias sociedades antiesclavistas por ignorar la situación de las mujeres negras y por manifestar, en ocasiones, prejuicios descaradamente racistas. Durante la preparación de la convención fundacional de la Sociedad Nacional Antiesclavista Femenina [National Female Anti-Slavery Society], Angelina Grimke tuvo que tomar la iniciativa para garantizar algo más que una presencia simbólica de las mujeres negras. Además, propuso que se pronunciara un discurso especial en la convención dirigido a las personas negras libres del Norte. Dado que nadie, ni siquiera Lucretia Mott, preparó el discurso, fue Sarah, la hermana de Angelina, quien tuvo que pronunciarlo³⁸. Ya en 1837, las hermanas Grimke habían reprendido a la Sociedad Antiesclavista Femenina de Nueva York por su fracaso para integrar a mujeres negras en su trabajo. «A causa de sus marcadas actitudes aristocráticas», dijo Angelina sentidamente:

[...] la mayoría de ellas eran excesivamente ineficientes [...]. Hemos considerado seriamente formar una Sociedad Antiesclavista entre nuestras hermanas de color y conseguir que inviten

³⁶ G. Lerner, *The Grimke Sisters from South Carolina: Pioneers for Women's Rights and Abolition*, cit., p. 335.

³⁷ B. Wertheimer, *We Were There: The Story of Working Women in America*, cit., p. 104.

³⁸ G. Lerner, *The Grimke Sisters from South Carolina: Pioneers for Women's Rights and Abolition*, cit., p. 159.

a sus amigas blancas a unirse a ellas; de este modo, pensamos que podríamos captar a las mujeres blancas más eficientes de la ciudad para unirse a ellas³⁹.

La ausencia de mujeres negras en la Convención de Seneca Falls adquiriría un carácter todavía más llamativo a la luz de sus contribuciones anteriores a la lucha por los derechos de las mujeres. Más de una década antes de que se produjera este encuentro, Maria Stewart⁴⁰ había respondido a los ataques contra su derecho a pronunciar conferencias en público preguntando enérgicamente: «¿Qué ocurre porque sea una mujer?»⁴¹. Esta mujer negra fue la primera mujer nativa que en sus conferencias se dirigió a audiencias tanto masculinas como femeninas⁴². Además, en 1827, *Freedom's Journal*⁴³ — el primer periódico negro del país — publicó una carta enviada por una mujer negra sobre los derechos de las mujeres. «Matilda», como ella se identificaba, exigía el derecho a recibir educación de todas las mujeres negras en una época en la que la enseñanza para las mujeres era una cuestión polémica y realmente impopular. Su carta apareció en este periódico pionero de Nueva York el año anterior a que Francis Wright, de origen escocés, comenzara a dar conferencias sobre la igualdad educativa para las mujeres.

Me dirigiría a todas las madres y les diría que, aunque sea necesario saber hacer el pud-
ding, se requiere algo más. Es su deber ineludible nutrir las mentes de sus hijas con ense-
ñanzas útiles. Deberían ser instruidas para dedicar su tiempo de ocio a la lectura de libros,
de donde extraerían una valiosa información que nunca se les podría arrebatar⁴⁴.

Mucho antes de que se celebrara la primera convención de mujeres, las mujeres blancas de clase media habían luchado por el derecho a la educación. Los comentarios de Matilda, posteriormente confirmados por la facilidad con la que Prudence Crandall encontró

³⁹ *Ibid.*, p. 158

⁴⁰ Esta oradora es considerada la primera escritora política negra en Estados Unidos. En 1831, William Lloyd Garrison le propuso escribir un artículo, pues estaba tratando de animar a más mujeres negras a que escribiesen en su periódico, el *Liberator*. A pesar de que su aportación pareció demasiado radical al editor, pues su artículo fue escrito dos meses después de la revuelta de Nat Turner y en él, además de insistir en la necesidad de que las mujeres negras recibiesen educación para alcanzar la independencia económica, se defendía el alzamiento violento de los negros contra el sistema esclavista, el mismo fue publicado a finales de ese mismo año [N. de la T].

⁴¹ Para el texto del discurso de Maria Stewart de 1833, véase G. Lerner (ed.), *Black Women in White America: A Documentary History*, cit., pp. 563 ss.

⁴² *Ibid.*, cit., p. 83. Véase, también, E. Flexner, *Century of Struggle: The Womens's Right Movement in the US*, cit., pp. 44-45.

⁴³ Este periódico se fundó en Nueva York en 1827, el mismo año en que el Estado de Nueva York aboliera la esclavitud. A partir de su segundo año, la línea editorial de este periódico, que hasta entonces se había pronunciado a favor de la concesión de los derechos políticos a los negros después de alcanzar la abolición de la esclavitud, dio un brusco giro para comenzar a apoyar las tesis colonialistas que defendían la repatriación a África de la población negra, lo que condujo a la fuga del periódico de muchos de sus colaboradores y a un descenso incontinente en el número de sus lectores que provocó su cierre en 1829. En 1861, antes de la guerra civil estadounidense, había más de 40 periódicos mulicicos negros repartidos por los Estados del Norte [N. de la T].

⁴⁴ H. Aptheker, *A Documentary History of the Negro People in the United States*, vol. 1, cit., p. 89.

a niñas negras para integrar su hostigada escuela en Connecticut, demostraban que las mujeres blancas y las negras estaban unidas, de hecho, en su deseo de recibir educación. Desgraciadamente, durante la convención de Seneca Falls, no se reconoció esta conexión.

La incapacidad para reconocer el potencial de crear un movimiento de mujeres interracial, particularmente contra el sexismo en la educación, se reveló dramáticamente en un episodio que tuvo lugar durante el verano crucial de 1848. Irónicamente, tuvo como protagonista a la hija de Frederick Douglass. Después de su admisión oficial en un centro para chicas en Rochester, Nueva York, a la hija de Douglass se le prohibió formalmente asistir a las clases junto a las alumnas blancas. ¡La directora que cursó la orden era una mujer abolicionista! Cuando Douglass y su esposa protestaron contra esta política segregacionista, la directora pidió a cada joven blanca que votara sobre la cuestión, indicando que una objeción sería suficiente para mantener la exclusión. Después de que las jóvenes blancas votaran mayoritariamente a favor de la integración de la hija de Douglass en la clase, la directora acudió a los padres de las chicas utilizando como excusa para excluir a la joven negra la única objeción manifestada en los votos⁴⁵. El hecho de que una mujer blanca ligada al movimiento antiesclavista pudiera adoptar una postura racista hacia una joven negra en el Norte reflejaba la profunda debilidad que acusaba la campaña abolicionista para promover una amplia conciencia antirracista. Tristemente, el movimiento organizado por los derechos de las mujeres arrastraría los efectos de esta grave incompetencia que había suscitado abundantes críticas no sólo de las hermanas Grimke.

Sin embargo, por muy ciegas que pudieran haber sido las primeras activistas de los derechos de las mujeres ante las penalidades de sus hermanas negras, los ecos del nuevo movimiento de mujeres resonaron en todos los rincones de la lucha organizada por la liberación negra. Tal y como ha sido mencionado previamente, en 1848, la Convención Nacional de Hombres Libres de Color aprobó una resolución sobre la igualdad de las mujeres⁴⁶. A raíz de la iniciativa de Frederick Douglass, en esta reunión de Cleveland se había resuelto que las mujeres debían ser elegidas delegadas en igualdad de condiciones que los hombres. Poco tiempo después, una convención de personas negras reunida en Filadelfia no sólo invitó a participar a mujeres negras, sino que como muestra de reconocimiento hacia el nuevo movimiento inaugurado en Seneca Falls, también pidió a las mujeres blancas que se unieran a los asistentes. En una carta dirigida a Elizabeth Cady Stanton, Lucretia Mott explicaba su decisión de asistir a la convención:

⁴⁵ F. Douglass, *Life and Times of Frederik Douglass*, cit., p. 268.

⁴⁶ S. Jay Walker, «Frederick Douglass and Woman Suffrage», cit., p. 26.

Estamos en plena convención de las personas de color de la ciudad. Todos, Douglass y Delany —igualmente han acudido Remond y Garnet—, están tomando un papel activo y, ya que incluyen también a las mujeres y a las mujeres *blancas*, lo menos que puedo hacer, debido al interés que siento por la causa de los esclavos y de las mujeres, es estar presente y asumir un discreto papel. Así que ayer, bajo una lluvia torrencial, Sarah Pugh y yo descendimos a pie la calle que lleva hasta allí y hoy esperamos hacer lo mismo⁴⁷.

Dos años después de la convención de Seneca Falls se celebró en Worcester, Massachusetts, la primera convención nacional sobre los derechos de las mujeres. Ya fuera realmente invitada o acudiera por su propia iniciativa, el caso es que Sojourner Truth estaba entre las participantes. Su presencia, así como los discursos que pronunció en las reuniones posteriores sobre los derechos de las mujeres, simbolizaban la solidaridad de las mujeres negras con la nueva causa. Su aspiración era ser libres, no sólo de la opresión racista, sino también de la dominación sexista. «¿Acaso no soy una mujer?»⁴⁸, la metáfora del discurso de Sojourner Truth, que fue pronunciado en 1851 en la convención de mujeres celebrada en Akron, Ohio, sigue siendo uno de los eslóganes más frecuentemente citados del movimiento de mujeres decimonónico.

Sin la ayuda de nadie, Sojourner Truth rescató a las mujeres del encuentro de Akron de los abucheos lanzados por algunos hombres hostiles a los fines del encuentro. De todas las mujeres que asistieron a la reunión, ella sola fue capaz de responder agresivamente a los argumentos machistas esgrimidos por los excitados provocadores. Poseedora de un carisma indiscutible y de unas poderosas dotes oratorias, Sojourner Truth echó por tierra las afirmaciones de que la debilidad femenina era incompatible con el sufragio, y lo hizo con una lógica irrefutable. El líder de los provocadores había sostenido que era ridículo que las mujeres aspiraran a votar, dado que ni siquiera podían cruzar un charco o subir a un carruaje sin la ayuda de un hombre. Sojourner Truth señaló con una simplicidad demoledora que ella misma nunca había sido ayudada para pasar por encima de charcos embarrados o para subir a carruajes. «¿Y acaso no soy una mujer?» Su voz sonaba como el «anuncio de un trueno»⁴⁹, y dijo: «¡Mírenme! Miren mi brazo» y se remangó la manga para mostrar la «tremenda fuerza muscular» del mismo⁵⁰.

⁴⁷ P. Foner (ed.), *The Life and Writings of Frederick Douglass*, vol. 2, cit., p. 19.

⁴⁸ E. C. Stanton et al., *History of Woman Suffrage*, vol. 1, cit., pp. 115-117.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ *Ibid.*

¡Yo he arado, he sembrado y he cosechado en los graneros sin que ningún hombre pudiera ganarme! ¿Y acaso no soy una mujer? Podía trabajar tanto como un hombre, y comer tanto como él cuando tenía la comida ¡y, también, soportar el látigo! ¿Y acaso no soy una mujer? He dado a luz a trece niños y he visto vender a la mayoría de ellos a la esclavitud ¡y cuando grité, con mi dolor de madre, nadie sino Jesús pudo escucharme! ¿Y acaso no soy una mujer?⁵¹.

Siendo la única mujer negra asistente a la convención de Akron, Sojourner Truth había hecho lo que ninguna de sus tímidas hermanas blancas era capaz de hacer. En opinión de la presidenta del encuentro, «en aquellos tiempos había muy pocas mujeres que se atrevieran a “hablar en las reuniones”». Después de haber defendido contundentemente la causa de su sexo y de haber atraído poderosamente a las mujeres blancas como a sus adversarios masculinos alborotadores, Sojourner Truth fue espontáneamente aplaudida como la heroína de la jornada. No sólo había propinado una derrota aplastante al argumento de los hombres basado en el «sexo débil», sino que también había refutado su tesis de que la dominación masculina era un principio cristiano puesto que el propio Cristo era un hombre:

Ese hombrecito de negro que está allí dice que las mujeres no pueden tener tantos derechos como el hombre porque Cristo no era una mujer. ¿De dónde venía Cristo?⁵²

Según la presidenta oficial, «la reverberación de un trueno no hubiera podido acallar a aquella multitud como sí lo lograron aquellos profundos y maravillosos sonidos de su voz cuando se colocó allí con los ojos ardientes y los brazos extendidos»⁵³.

¿De dónde venía su Cristo? ¡De Dios y de una mujer! El hombre no tuvo nada que ver con él⁵⁴.

Del mismo modo, el horrendo pecado cometido por Eva tampoco era un argumento convincente contra las facultades de las mujeres. Por el contrario, suponía una poderosa razón a favor de las mismas:

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *Ibid.*

Si la primera mujer que hizo Dios fue tan fuerte como para poner ella sola el mundo al revés, ¡todas estas mujeres juntas deberían ser capaces de ponerlo otra vez al derecho! Y ahora que ellas piden hacerlo, más les valdría a los hombres dejarlas que lo hicieran⁵⁵.

La beligerancia de los hombres se aplacó y las mujeres no cabían en sí de orgullo, sus «corazones palpitaban de gratitud» y «más de una de nosotras tenía lágrimas en los ojos»⁵⁶. Frances Dana Gage, la presidenta oficial de la convención de Akron, proseguía su descripción del impacto del discurso de Sojourner Truth con estas palabras:

Ella nos había tomado en sus fuertes brazos y nos había hecho pasar por encima de la ciénaga de dificultad reconduciendo la corriente a nuestro favor. Jamás en mi vida he visto nada como la mágica influencia que aplacó la atmósfera turbulenta de aquel día y que convirtió las muestras de desprecio y los abucheos de una multitud excitada en notas de respeto y admiración⁵⁷.

El discurso «¿Acaso no soy una mujer?» de Sojourner Truth tenía implicaciones más profundas puesto que, aparentemente, también hacía referencia a las actitudes racistas de las mismas mujeres blancas que después elogiaron a su hermana negra. No pocas de las mujeres congregadas en Akron habían sido contrarias en un principio a que una mujer negra tuviera voz en su convención y los vindicadores de la postura contra las mujeres habían intentado sacar partido de este racismo. En palabras de Frances Dana Gage:

Las líderes del movimiento temblaron al ver que una mujer negra alta y adusta, vestida de gris y con un turbante blanco coronado con una basta pamea, se encaminaba decididamente al oratorio, caminando con el aire de una reina conducida al altar, y ocupaba su asiento sobre los escalones del púlpito. Se escuchó un murmullo de desaprobación en toda la audiencia y los oídos atentos pudieron distinguir: «¡Una escena abolicionista!», «¡Te dije que pasaría!», «¡Dale duro, negrita!»⁵⁸.

El segundo día de la convención, cuando Sojourner Truth se levantó para responder al asalto machista, las líderes blancas intentaron persuadir a Gage para impedirle que hablara.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ *Ibid.*

«¡No la dejes hablar!», masculló media docena en mi oído. Ella se dirigió lenta y solemnemente al frente y, con su viejo sombrero caído a los pies, volvió sus ojos grandes y expresivos hacia mí. Se escucharon silbidos de desaprobación en todo el anfiteatro. Me levanté y anuncié «Sojourner Truth», y rogué a la audiencia que mantuviera silencio por unos breves momentos⁵⁹.

Afortunadamente para las mujeres de Ohio, para el movimiento de mujeres en general — a quienes el discurso de Sojourner Truth infundió un espíritu militante combativo — y para quienes actualmente nos inspiran sus palabras, Frances Dana Gage no sucumbió a estas presiones racistas ejercidas por sus camaradas. Cuando esa mujer negra se levantó para hablar, su respuesta a aquellos varones machistas también contenía una instructiva lección para las mujeres blancas. Al repetir su pregunta «¿Acaso no soy una mujer?», nada menos que en cuatro ocasiones, exponía los prejuicios de clase y el racismo que impregnaban al nuevo movimiento de mujeres. No todas las mujeres eran blancas y no todas las mujeres disfrutaban del confort material de las clases medias y de la burguesía. Ella misma era negra — y exesclava — pero no era menos mujer que cualquiera de sus hermanas blancas presentes en la convención. El hecho de que su raza y de que su condición económica fueran diferentes de las suyas no anulaba su feminidad. Y como mujer negra, su demanda de igualdad de derechos no era menos legítima que la de las mujeres blancas de clase media. En una convención nacional de mujeres celebrada dos años después, Sojourner Truth todavía estaba lidiando con el empeño en impedirle que hablara.

Sé que ver a una mujer de color levantarse para hablarles de cómo son las cosas y de los derechos de las mujeres suscita como un resquemor y algo parecido a deseos de silbar. Se nos ha hecho caer tan bajo, a todas nosotras, que nadie pensó que algún día volveríamos a levantarnos; pero ya se nos ha pisado bastante; nos alzaremos de nuevo y, por ahora, aquí estoy yo⁶⁰.

Durante la década de 1850, las convenciones locales y nacionales atrajeron a un número creciente de mujeres a la campaña a favor de la igualdad. No era nada inusual que Sojourner Truth apareciera en estos encuentros y que, a pesar de la inevitable hostilidad, se levantara y expresara su opinión. Ella infundió un espíritu combativo a la campaña por los derechos de las mujeres al representar a sus hermanas negras, tanto esclavas como «libres». Aquí radica la contribución histórica excepcional de Sojourner Truth. Y en aquellas ocasiones en que las

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 567-568 (texto íntegro del discurso). Véase, también, G. Lerner (ed.), *Black Women in White America: A Documentary History*, cit., pp. 566 y ss.

mujeres blancas tendían a olvidarse de que las mujeres negras no eran menos mujeres que ellas, su presencia y sus discursos sirvieron como un recordatorio constante. Las mujeres negras también iban a obtener sus derechos.

Entretanto, un gran número de mujeres negras estaba manifestando su compromiso con la libertad y con la igualdad mediante fórmulas que no estaban tan íntimamente conectadas con el recién constituido movimiento organizado de mujeres. El Ferrocarril Clandestino acaparó las energías de numerosas mujeres negras del Norte. Por ejemplo, Jane Lewis, una vecina de Nuevo Líbano, Ohio, remaba regularmente su bote a través del río Ohio rescatando a más de un esclavo fugitivo⁶¹. Frances E. W. Harper, una mujer entregada a la causa feminista y, también, la poetisa negra más conocida de mediados de siglo, fue una de las conferenciantes más activas ligadas al movimiento antiesclavista. Charlotte Forten, que durante el periodo posterior a la guerra civil se convirtió en una destacada educadora negra, fue, igualmente, una activa abolicionista. Sarah Remond, que dio conferencias contra la esclavitud en Inglaterra, Irlanda y Escocia, ejerció una gran influencia en la opinión pública y, de acuerdo con cierto historiador, «evitó que los *tories* intervinieran del lado de los confederados»⁶².

Ni siquiera los abolicionistas blancos más radicales, que basaban su oposición a la esclavitud en criterios morales y humanitarios, conseguían comprender que el acelerado desarrollo del capitalismo en el Norte también era un sistema opresivo. En su opinión, la esclavitud era una institución inhumana y detestable, y una arcaica violación de la justicia. Pero no reconocían que el obrero blanco del Norte, a pesar de su *status* de trabajador o trabajadora «libre», no era diferente del que tenía el «obrero» esclavizado del Sur, puesto que ambos eran víctimas de la explotación económica. Incluso un militante notablemente destacado, como supuestamente fue William Lloyd Garrison, estaba vehementemente en contra del derecho de los trabajadores asalariados a organizarse. El número inaugural de *Liberator* incluía un artículo donde se condenaban los esfuerzos de los trabajadores de Boston para constituir un partido político:

Nos pesa decir que ha habido una tentativa — un proceso que aún no ha concluido — de enardecer las conciencias de nuestras clases trabajadoras contra las más opulentas y de con-vencer a los hombres de que están condenados y oprimidos por una aristocracia acaudalada [...]. Por lo tanto, es sumamente criminal crispar a las personas para que recurran a cometer actos de violencia o

⁶¹ John Hope FRANKLIN, *From Slavery to Freedom*, Nueva York, Vintage Books, 1969, p. 253.

⁶² S. Sillen, *Women Against Slavery*, cit., p. 86. Véase, también, el apartado sobre Harper.

ampararlos bajo la bandera de un partido⁶³.

Por regla general, los abolicionistas blancos o bien defendían a los industriales capitalistas o bien no expresaban ninguna conciencia de clase. Esta aceptación incondicional del sistema económico capitalista también era evidente en el programa del movimiento por los derechos de las mujeres. Si la mayoría de los abolicionistas consideraban la esclavitud como una tacha desagradable que era necesario eliminar, la mayoría de las defensoras de los derechos de las mujeres pensaban en la dominación masculina en términos similares, como un defecto inmoral de una sociedad que, por lo demás, era aceptable.

Las dirigentes del movimiento de mujeres no sospechaban que pudiera haber una relación sistémica entre la esclavitud de las personas negras en el Sur, la explotación económica de los trabajadores del Norte y la opresión social de las mujeres. Durante los primeros años de este movimiento, poco se dijo acerca de las personas trabajadoras blancas, ni siquiera de las mujeres de esta condición. Y, aunque muchas de las mujeres que integraban este movimiento apoyaban la campaña abolicionista, fueron incapaces de integrar su conciencia antiesclavista en su análisis de la opresión femenina.

Cuando estalló la guerra civil, se persuadió a las orquestadoras del movimiento por los derechos de las mujeres para que reorientaran sus energías hacia la defensa de la causa de la Unión. Pero al interrumpir su campaña a favor de la igualdad sexual, aprendieron cuán profundamente había arraigado el racismo en el tejido de la sociedad estadounidense. Elizabeth Cady Stanton, Lucretia Mott y Susan B. Anthony viajaron por todo el Estado de Nueva York pronunciando conferencias en apoyo de la Unión en las que demandaban la «emancipación inmediata e incondicional»⁶⁴.

[...] y, en todas las ciudades en las que se detuvieron entre Búfalo y Albany, recibieron el tratamiento más rudo que jamás habían recibido en sus vidas a manos de muchedumbres enardecidas. En Siracusa, la sala fue invadida por una turba de hombres empuñando puñales y pistolas⁶⁵.

Si con anterioridad a estas experiencias ellas no eran conscientes de que el Sur no tenía el monopolio del racismo, sus experiencias como agitadoras a favor de la causa de la

⁶³ W. Z. Foster, *The Negro People in American History*, cit., pp. 115-116.

⁶⁴ E. Flexner, *Century of Struggle: The Women's Right Movement in the US*, cit., p. 108.

⁶⁵ *Ibid.*

Unión les enseñó que, efectivamente, en el Norte había racismo, y que podía ser brutal.

Cuando el ejército inició la campaña de alistamiento en el Norte, las fuerzas proesclavistas provocaron una oleada de disturbios a gran escala en los principales centros urbanos. La sombra de su violencia asesina se cernió sobre la población negra libre. En julio de 1863, en la ciudad de Nueva York, grupos violentos

[...] destruyeron los centros de reclutamiento, prendieron fuego a un almacén de armas, atacaron al *Tribune* y a destacados republicanos, incendiaron un orfanato de niños negros y, en general, crearon el caos por toda la ciudad. La muchedumbre dirigió su furia especialmente contra los negros, agrediéndoles allá donde les encontraban. A muchos de ellos los mataron [...]. Se calcula que cerca de 1.000 personas fueron asesinadas y heridas⁶⁶.

Si hasta entonces había pasado desapercibido hasta qué extremo el propio Norte estaba infectado por el racismo, la violencia de las turbas de 1863 demostró que el rechazo hacia la población negra era un sentimiento profundo, generalizado y, potencialmente, asesino. En efecto, aunque el sur tuviera el monopolio de la esclavitud, no estaba solo en su patrocinio del racismo.

Elizabeth Cady Stanton y Susan B. Anthony habían compartido con los abolicionistas radicales la opinión de que la guerra civil podría concluirse en poco tiempo mediante la emancipación de los esclavos y su alistamiento en el ejército de la Unión. Y trataron de sumar a las masas de mujeres a su postura lanzando una llamada para organizar una Liga de Mujeres Fieles [Women's Loyal League]. En el encuentro fundacional cientos de mujeres estuvieron de acuerdo en promover el esfuerzo bélico haciendo circular peticiones exigiendo la emancipación de los esclavos. Sin embargo, no fueron tan unánimes cuando respondieron a la moción presentada por Susan B. Anthony en la que ligaba los derechos de las mujeres con la liberación de las personas negras.

Su propuesta de resolución sostenía que era imposible que hubiera una auténtica paz en esta república hasta que «los derechos civiles y políticos de todos los ciudadanos de ascendencia africana y de todas las mujeres» fueran efectivamente establecidos⁶⁷. Desafortunadamente, a la luz de cómo se sucedieron los hechos al acabar la guerra, cabría pensar que los motivos que inspiraron esta resolución descansaban en el temor a que las

⁶⁶ W. Z. Foster, *The Negro People in American History*, cit., p. 261.

⁶⁷ M. Gurko, *The Ladies of Seneca Falls: The Birth of the Women's Rights Movement*, cit., p. 211.

mujeres (blancas) pudieran ser dejadas atrás cuando el manto de la libertad se extendiera para arropar a los esclavos. Pero Angelina Grimke propuso una defensa de la unidad entre la liberación de los negros y la de las mujeres, anclada en sólidos principios: «Quiero que se me identifique con la persona negra», insistió. «Hasta que no obtenga sus derechos, nunca poseeremos los nuestros.»⁶⁸

Me complace extraordinariamente el hecho de que la resolución nos asocie con las personas negras. Me parece que hemos estado a su lado: que la compasión se ha apoderado de nuestras almas. Bien es verdad que nosotras no hemos sentido el látigo del propietario de esclavos. Bien es verdad que nosotras no hemos tenido nuestras manos encadenadas, pero nuestros *corazones* han sido desgarrados⁶⁹.

En esta convención fundacional de la Liga de Mujeres Fieles a la que fueron invitadas todas las veteranas de la campaña abolicionista y del movimiento de los derechos de las mujeres, la aportación inconfundible de Angelina Grimke contuvo la interpretación más avanzada de una guerra que describió como «nuestra segunda revolución»⁷⁰.

La guerra no es, como engañosamente pretende hacer creer el Sur, una guerra entre razas, ni entre facciones, ni entre partidos políticos, sino una guerra de *principios*, una guerra librada por las clases trabajadoras, blancas o negras [...]. El hombre negro fue la primera víctima de esta guerra; la siguiente, el obrero de cualquier color; y, en estos momentos, *todos los* que luchan por el derecho al trabajo, por el derecho a la libertad de expresión, por el derecho a la libertad de enseñanza, por el derecho al sufragio libre y por un gobierno libre [...] están impelidos a combatir en defensa de los mismos o a perecer con ellos, víctimas de la misma violencia que durante dos siglos ha convertido al hombre negro en un prisionero de guerra. Mientras el Sur ha librado esta guerra contra los derechos humanos, el Norte ha actuado desenmascarando a los que estaban lapidando la libertad...

La nación está inmersa en una lucha a muerte. Y debe convertirse, o bien en un inmenso reino de la esclavitud gobernado por una colección de tiranos mezquinos, o bien, íntegramente, en la tierra de los libres⁷¹.

⁶⁸ G. Lemer, *The Grimke Sisters fiuui South Carolina: Pioneers for Women's Rights and Abolition*, cit., p. 353.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 354.

⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ *Ibid.*

El brillante «Address to the Soldiers of Our Second Revolution» [«Discurso para los soldados de nuestra segunda revolución»] de Angelina Grimke demostraba que su conciencia política estaba muy por delante de la que poseían la mayoría de sus contemporáneos. En él, proponía una teoría y una práctica radical que *pudo haberse realizado* mediante una alianza que englobara a la fuerza de trabajo, a las personas negras y a las mujeres. Si, como dijo Karl Marx, «la fuerza de trabajo en una piel blanca nunca podrá ser libre mientras la fuerza de trabajo en una piel negra esté marcada con hierro candente», como lúcidamente insistía Angelina Grimke, las luchas democráticas de aquella época — especialmente la lucha por la igualdad de las mujeres — podían haberse librado más efectivamente asociándose a la lucha por la liberación negra.

